

LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL Y SUS EFECTOS SOBRE LA GLOBALIZACIÓN. EL RIESGO DE UNA DEPRESIÓN DESINTEGRADORA.

JRL

Puigmoreno 28 -01-2008

Dentro del marco a largo plazo descrito, el factor desencadenante de la crisis actual ha sido la excesiva expansión inmobiliaria en los Estados Unidos. No tanto por su tamaño, que en términos relativos ha sido apenas la mitad que la española. Ni tampoco por las misma motivación. No ha sido producto como aquí de la "cultura del ladrillo" de inversores y consumidores, que creen que la vivienda es la inversión más segura y rentable. Ha sido resultado de la demagogia política.

Con el ánimo de integrar a las minorías raciales de inmigrantes pobres en el sueño conservador norteamericano, y gracias a los bajos tipos de interés mencionados, desde la "Community Reconstruction Act" de Clinton, los sucesivos gobiernos norteamericanos han impulsado a diversos tipos de entidades financieras para que concedieran hipotecas "sub prime" y "alt- a", en español "basura" y "dudosas", a personas sin o con pequeñas garantías de ingresos para pagarlas.

Una expansión que, por ello, ha tenido que ser financiada de forma extraordinariamente laxa y especulativa, que se ha tenido que realizar mediante nuevos productos financieros hipotecarios, encadenados mediante la titulación con tranchas de otros de calidades diferentes y sucesivos y múltiples derivados financieros de soporte, sin ninguna o escasa regulación y altamente artificiosos e inestables. Y que se han difundido a lo largo del mundo, por la banca internacional más ligada a la anglosajona.

El propósito último de este proceder ha sido repartir el riesgo de los impagos de las hipotecas basura lo más posible, hecho del que se han aprovechado jugosamente la mayor parte de los intermediarios financieros que ha intervenido, porque su rendimiento ha sido mucho mayor que el de los activos tradicionales.

Todo ese conglomerado inseguro de activos derivados ha alcanzado un volumen de alrededor de seis veces el PIB mundial, es decir, prácticamente, tres o cuatro veces mayor del que antes era habitual en

activos contratados en mercados regulados con cámaras de compensación.

Los derivados financieros empezaron a explotar, sucesiva y progresivamente, en el momento en que, tras el Banco de la Reserva Federal, BRF, el resto de los bancos centrales occidentales subieron ligeramente los tipos de interés para hacer frente a la inflación de productos energéticos, materias primas y alimentos, que ocasionó el exceso de demanda mundial de los mismos.

Exceso de demanda que en gran parte generó directamente la expansión del gasto en construcción de viviendas, en sus factores de producción y en el de todas las industrias de bienes de equipo familiares relacionados. E, indirectamente, debido también al incremento de consumo genérico que ocasionó el "efecto riqueza" creado por el aumento del precio de las viviendas que, durante una década, se incrementó, como en algunos otros países de Europa y Asia, en cifras de alrededor del 100%. También por el "efecto riqueza" adicional que supuso el incremento de valor de los activos utilizados para su financiación y de los bonos y acciones relacionados.

La población occidental, inmersa en esa especulación inmobiliaria y financiera se sintió más rica y con la garantía colateral del aumento de valor de sus activos reales y financieros se lanzó a una orgía de consumo que eventualmente hubo que frenar cuando pareció que iba a desatar unas expectativas de alta inflación a largo plazo.

Otra causa crítica concomitante de la crisis actual ha sido externa, a saber, el éxito de la propia globalización, que ha elevado la tasa de crecimiento de la economía mundial en especial de los países emergentes, los BRIC.

Y fundamentalmente de China que, para absorber en sus ciudades el éxodo rural ha elevado su tasa de crecimiento de la renta a alrededor del 10% durante tres décadas y, por ello, ha aumentado mucho más la demanda de mercancías mundial, en especial de energía y alimentos, muy por encima de capacidad de evolución de su oferta.

Pero la responsabilidad última de la crisis la tiene el incompetente, y en muchos casos criminal, comportamiento del sector financiero, público y privado, anglosajón en general y norteamericano en particular, en las últimas décadas. Que se ha ido transformando, llenando de manera impropia los enormes huecos que se han creado entre las

competencias de las instituciones económicas mundiales de Bretton Woods – FMI, BM, OCDE, OMC, etc., después de las diversas transformaciones políticas y económicas que se han producido en el mundo. Primero, las económicas, tras los acuerdos del Smithsonian en 1971, cuando Nixon dejó flotar al dólar para financiar la guerra de Vietnam y el paro norteamericano. Y, últimamente, las geopolíticas subsiguientes a la implosión de la URSS y a la expansión china.

Dentro de estos vacíos institucionales, los grandes bancos centrales no se han percatado de que la baja inflación registrada en las últimas décadas no se debía tanto a su buena gestión, sino a la competencia comercial internacional que ha desatado la globalización, y al exceso de ahorro mundial en ellos depositado. Es decir a la reducción de los precios mundiales que la productividad, competencia y ahorro asiático y, en especial, chino ha obligado y permitido realizar en todos los países.

Al contrario, en su visión “laissez faire” friedmaniana y en general chicagüense de la Economía, que ha predominado en las últimas décadas, creyeron que la inflación seguía siendo exclusivamente monetaria, sin ninguna base real, y la han atribuido a la eficacia asignativa de los recursos que fomentaba la expansión desregulada de los mercados y, en especial, de los financieros.

Como consecuencia, al absorber el gigantesco ahorro asiático han tenido que aplicar políticas de bajos tipos de interés que, primero, han facilitado y permitido la especulación sucesiva en activos financieros, tecnológicos e inmobiliarios, bajo la excusa de que era más peligroso intentar frenar su desarrollo que amortiguar sus colapsos, como ha repetido Greenspan. Después, ante la amenaza de la inflación de materias primas que ha desatado el fuerte crecimiento mundial que ello ha generado han tenido que elevarlos bruscamente, lo que repetidamente también ha creado crisis monetarias innecesarias.

En segundo lugar, como han afirmado los banqueros en el último Davos, parte de los desmanes que ellos han producido en esos periodos son también inculpables a los órganos reguladores especializados, descoordinados y frecuentemente incapaces de comprender la práctica econométrica-legal de los derivados financieros.

Pero el proceso se ha acentuado porque la desregulación ha ido acompañada de una expansión creativa masiva e imperfecta de nuevos activos financieros, derivados por imitación de los mercados de futuros y opciones primarios. Basados en deudas hipotecarias, de tarjetas de crédito y

otros créditos al consumo, de préstamos a estudiantes, y agregados en titulaciones complejas, de activos de muy distinto valor, que han permitido la creación de un heterogéneo número de derivados financieros, MBS, CLO, CDO, CDS, OIS, etc., singulares o estructurados, simples o vinculados, que han creado principalmente los bancos comerciales y de inversión en negociaciones privadas.

Y que han negociado directamente, fuera de los mercados reglados, entre ellos, entre ellos y con sus clientes, "over the counter", OTC., por encima de la barandilla, sobre la base valorativa exclusiva de los "ratings" directos e indirectos, altamente sospechosos, que han realizado y realizan las agencias de rating por encargo y pago de quienes solicitaban sus evaluaciones.

Todo ello sin que ninguno de los intervinientes pudiera determinar y contabilizar correctamente cual podía ser el "valor real de mercado" de estos derivados OTC, como estaban obligados a hacer por ley, porque por ser acuerdos directos entre ellos, que no estaban registrados ni negociados en ningún mercado con cámara de compensación, no se podía ni aún puede determinar cuál era su valor de mercado.

Que, por ello, han tenido que valorar en sus balances mediante estimaciones que han realizado con modelos econométricos que han resultado erróneos, porque sus supuestos teóricos de "paseo aleatorio" para los simples y de distribuciones normales superpuestas de iguales distribuciones estándar para los complejos, han resultado erróneos

Estos derivados financieros los utilizaron, primero. los bancos de inversión y luego también los comerciales, que los acumulaban para sí mismos, para sus vehículos externos relacionados, y para los "hedge funds", sociedades de "private equity" e incluso fondos mutuos de distinto tipo que, a través de ellos, deseaban alcanzar remuneraciones mayores que las de los mercados regulados, públicos y privados.

Por ello, todos, estos derivados, podían variar enormemente de valor en horas, como ocurrió con los que Lehman Brothers, que los vendió a los fondos de mercado monetario y tuvo que compensar quebrando, haciendo quebrar en el proceso o integrarse o reconvertirse a toda la banca de inversión norteamericana e inglesa de gran volumen y reputación.

Para tratar de estabilizar y asegurar toda esta pirámide de créditos artificiosos, con un valor aproximado de, como mínimo, como he dicho antes, seis veces el PIB mundial, últimamente surgieron otros derivados OTC, los CDS, swaps sobre el riesgo de impago, provenientes de los swaps creados hace tiempo para facilitar el intercambio de monedas cuando no existía libertad de cambios. Primero se extendieron a los mercados monetarios para asegurar los tipos de interés de los préstamos

bancarios a clientes y últimamente se han ampliado al aseguramiento de todos los otros derivados frente a los impagos. Han sido los que han estado a punto de hacer quebrar a AIG, la mayor aseguradora del mundo, son los más tóxicos en éste momento e importan alrededor de 50 millardos de dólares.

En las fases de euforia, en "bull markets", este proceso de contabilización ficticia ha resultado en una supervaloración de las empresas financieras, pero en las de disforia, en "bear markets", ha dado lugar a quiebras inesperadas y casi simultaneas de la totalidad de los grandes cinco mayores bancos de inversión de EEUU, que han sido absorbidos por los mayores comerciales o se han transformado ellos mismos en bancos comerciales, y de muchos otros banco comerciales y mixtos de distinta entidad, que han visto colapsar en días el valor de sus activos de derivados. Veintiocho de ellos, los más pequeños, han quebrado y los mayores han tenido que recibir ayudas gubernamentales, que de hecho los han semi - nacionalizados.

Algo similar ha sucedido con las compañías de seguros, empresas de crédito hipotecario privadas y las empresas semi estatales hipotecarias, F. Mac y F.Mae. Todos ellos han tenido que ser salvados mediante un programa especial de ayudas a largo plazo del Tesoro que ya se ha gastado 300 millardos de dólares en ello y mediante diversos tipos de préstamos complementarios a corto plazo del BRF, por un valor conjunto que se estima llegará a 3.000 millardos de dólares.

Pero a pesar de esas gigantescas ayudas, que han tenido una ayuda equivalente aunque de menor cuantía en Europa, especialmente en los países mencionados, los diferenciales de riesgo entre las inversiones públicas y privadas, el TED, y los existentes entre el LIBOR y el OIS, que son aún de más de cien puntos básicos en los plazos medios, son prueba de que los inversores aún creen que existen alrededor de 1000 millardos de dólares de pérdidas en activos derivados aún no aflorados, por inmoralidad o desconocimiento. De ellos, probablemente, la mitad en Europa.

Esa es todavía la razón fundamental por la cual los bancos siguen sin prestarse entre sí y a las empresas y consumidores. En efecto, según las mejores estimaciones del BIS y del FMI las pérdidas reales como consecuencia de la crisis inmobiliaria y de derivados financieros relacionados, son del orden de mil quinientos millardos de dólares en la primera y de dos mil en sus derivados, de los cuáles solo se ha

declarado oficialmente mil millardos - amén de una pérdida de riqueza de los ciudadanos del mundo de cerca de 30.000 millardos -. De manera que todavía existen mil o mil quinientos millardos de dólares de activos de derivados financieros mal contabilizados en la banca mundial que eventualmente tendrán que revelarse como pérdidas y los bancos financiar con depósitos o préstamos privados.

Mientras tanto los bancos se han tenido y tendrán que financiar para operar a corto plazo con préstamos de los bancos centrales, que algunos estiman en torno a los 5.000 millardos, que los bancos privados no han utilizado y han depositado y siguen depositando casi íntegramente en los mismos bancos centrales que se los han prestado, por razones de protección contra tensiones repentinas de liquidez, debido a que no pueden saber cuál es el valor real de sus activos. Aunque ellos les cuesten mucho dinero, porque, excepto en USA, pagan más por los préstamos que reciben que por los depósitos que realizan, mientras tratan de obtener vía depósitos y emisiones de acciones y obligaciones privados capitales a largo plazo para cubrir sus huecos de activos de derivados ficticios

En EEUU parece que el proceso esta saneándose, en el sentido de que al menos el Tesoro, debido a sus inyecciones de acciones preferentes ya conoce por dentro dónde se encuentran los activos tóxicos. El problema consiste en que a pesar de los esfuerzos del Tesoro, del FDIC y de las dos compañías hipotecarias mencionadas es difícil convencer a los norteamericanos de que compren nuevas viviendas cuyo valor está en la base de los activos tóxicos, incluso a menores tipos de interés y con más garantías estatales, mientras sigan bajando sus precios, aunque ya están muy por debajo de lo que se estima su nivel mínimo de aceptabilidad.

También es difícil convencerlos de que inviertan en los bancos porque no saben de qué forma y con qué condiciones los va a ayudar o intervenir el Tesoro y cuál va ser la rentabilidad de sus inversiones.

Lo que dificulta solucionar el problema de los activos tóxicos porque la mayor parte de ellos están últimamente basados en préstamos hipotecarios y derivados depositados en bancos. Y mientras los bancos no se desembaracen de sus activos tóxicos, que tiende a bajar a medida que lo hacen las viviendas, por razones de liquidez y solvencia, no prestaran a su clientela habitual.

El último problema que queda por resolver, por ello, en el caso norteamericano es que es difícil reducir el tipo de interés a largo plazo, el hipotecario está aún por encima del 5%, aunque los tipos a corto están en torno al 0%, porque los ciudadanos por la incertidumbre creada por la increíble crisis financiera de Wall Street prefieren invertir en los valores más líquidos del Tesoro. Y porque adicionalmente, cerrando el círculo, es más difícil que en Europa evitar que los precios de las viviendas y de los valores tóxicos relacionados continúen en caída libre, salvo que se reduzcan drásticamente los tipos de interés a largo plazo por un periodo muy largo de tiempo.

La causa es que como consecuencia de la cláusula de "no recourse", los hipotecados norteamericanos solo responden ante los hipotecantes con las viviendas hipotecadas, sin otras garantías adicionales como en Europa. En consecuencia, si el valor de las mismas desciende por debajo del valor de la deuda pendiente, los hipotecados pueden liberarse completamente de la misma devolviendo las llaves de la casa al hipotecante. De manera que, como resultado final, a medida que se ejecutan las hipotecas por impago aumenta el número de viviendas vacías, aumenta su oferta y disminuye más su precio.

El mecanismo desequilibrante se conoce y se sabe que solo se puede parar mediante una destrucción de los activos tóxicos por el Tesoro o mediante una reducción del tipo de interés a largo plazo por el BRF como parece querer hacer Obama y explico luego.

Por eso las la política puesta en marcha por el BCE, por ejemplo, para fluidificar el crédito desde los bancos a las empresas y consumidores es tan ineficaz como ha sido hasta la fecha el resto de sus políticas anti cíclicas. La elevación del tipo de interés de sus préstamos y la reducción del tipo de interés de sus depósitos, que ha significado un coste del 1% para las operaciones de intercambio de activos y pasivos que realizan con él los bancos, no ha detenido el flujo masivo de los fondos de los bancos hacia el BCE. A pesar de ese coste adicional, los bancos europeos siguen aumentando sus demandas de préstamos. Y a pesar de que su rendimiento es negativo siguen incrementando sus depósitos en mayor cuantía. Ese 1% de coste es una prima de riesgo bajísima, cuando los swaps entre los bancos en euros y más aún en dólares son al menos dobles.

Para garantizar que los bancos puedan volver a prestar es necesario poner en práctica varias soluciones de urgencia y alcance diferentes.

En primer lugar, es necesario destruir o, al menos, inutilizar el efecto destructivo de los activos tóxicos existentes. Mediante inyecciones de capital, garantía de los préstamos bancarios y la creación de un banco "malo", que recoja todos los activos tóxicos de la banca que no pueda liquidar de otra forma, y gestionarlo privada o públicamente con ayuda gubernamental hasta que desaparezcan. Es la solución que ha puesto en práctica con éxito UBS con ayuda del gobierno suizo y en su día hicieron de forma equivalente los escandinavos mediante nacionalización parcial de la banca.

En segundo lugar es necesario reducir el tipo de interés a largo plazo. Es lo que ahora parece que está dispuesto a hacer Bernanke una vez comprobado que la política monetaria convencional no tiene el efecto tradicional esperado. A pesar de que la oferta monetaria ha aumentado considerablemente, casi hasta el 15% del PIB, bajando los tipos de interés a corto hasta casi el 0%, los tipos a largo siguen cerca del 4%.

Y en tercer lugar, porque requiere más tiempo, hay que crear cuanto antes mercados con cámaras de compensación para todos los derivados financieros OTC, como están propugnando desde hace meses Paulson, Geitner y Bernanke en EEUU, mediante una legislación ad-hoc, como la que está preparando en el Congreso de EEUU, Peterson y últimamente propone la Comisión Europea. Fenómeno esencial que no se está analizando en los parlamentos europeos, con la excepción incipiente del inglés.

Finalmente, en último lugar hay que garantizar una colaboración analítica y ejecutiva entre los principales bancos centrales. Al menos entre los de la OCDE y a ser posible, con los de China e India. Pues está demostrado que los bancos centrales tampoco han reaccionado globalmente bien. Al contrario, han seguido caminos opuestos. Unos, como el BCE elevado los tipos de interés para reducir la inflación. Lo que ha acentuado la crisis financiera europea a pesar que era menor porque solo afectaba básicamente a la más norteña, más influenciada por la anglosajona. Y adicionalmente ha aumentado la intensidad de la recesión real. Otros, como el norteamericano y japonés, han dado prioridad a la estabilidad financiera, reduciendo el tipo de interés. Lo que adicionalmente ha creado una inestabilidad considerable en el mercado de divisas.

Los gobiernos europeos tampoco han reaccionado mejor. Acusan a los norteamericanos de las causas profundas y superficiales de la crisis. Y recomiendan una refundación del sistema político económico mundial para regular los flujos de ideas, personas, mercancías, capitales, tipos de cambio, instituciones de emisión, evaluación, y regulación, que permita relanzar la globalización desde una base más firme. Pero han hecho muy poco y contradictoriamente para resolver sus crisis.

Este propósito que es acertado sólo puede tener éxito si Europa actúa como socio menor y árbitro objetivo entre los dos países, Estados Unidos y China, que tienen el poder real para solucionar la crisis de forma duradera. En caso de que pretenda tener un papel mayor y más independiente protagonismo puede retardar el ajuste. Salvo que, como indicaré en la siguiente conferencia proceda a una profunda revisión política, institucional y económica, que corrija radicalmente los defectos de su incompleta integración y su pérdida creciente de poder mundial, no solo militar sino económico y político.

Estados Unidos, por el momento, a trancas y barrancas, incluso en manos del peor Presidente de su historia es el único que ha estado actuando positiva aunque incompletamente, junto con Japón y, sobre todo China, para resolver la crisis. Está cumpliendo con su papel de fundamento básico y líder de la globalización. Provee la mayor parte de los bienes públicos internacionales sobre los que se sustenta. A saber, el poder militar, la diplomacia, el sistema de pagos, etc. Aunque carece del poder económico para ejercitarlos.

Lo realiza gracias al aporte máximo del ahorro internacional que recibe, especialmente del asiático y del árabe, en forma de inversiones en bonos del Tesoro y de las grandes empresas multinacionales y en inversiones directas por los fondos soberanos principalmente. Lo que supone alrededor de 800 millardos anuales. Y, gracias, especialmente, a que China siga siendo la locomotora mundial.

De manera que la refundación económica global debe consistir básicamente en un acuerdo entre los dos hegemones mundiales, el actual, EEUU, y el futuro, China, con un papel de socio menor, arbitro entre ellos, la UE. En las reuniones del GE20. El acuerdo debe proveer un sistema de expansión del comercio mundial, especialmente de servicios y alimentos, de protección de las inversiones y repatriaciones, de estabilidad de los tipos de cambio entre el dólar, el yuan y el euro, de nueva y coordinada regulación financiera por los bancos centrales, de

nuevos sistemas de valoración de activos, de establecimiento de ratings de calidad de los mismos independientes, de creación de cámaras de compensación para todos los intercambios de activos y derivados financieros, así como de la instauración de normas de capitalización anti-cíclicas para todos los intermediarios financieros.

La elaboración de todas esas nuevas normas tardará tiempo y solo se podrá aplicar una vez que se liquide la crisis financiera, cancelando los activos ficticios, se recuperen las expectativas de beneficios y con ellas las bolsas de valores y finalmente se empiece a recuperar gradualmente el crecimiento y el empleo.

Y habrá de partir de hipótesis básicas más coherentes, al menos no tan contradictorias. La afirmación básica de la política chicaguense que ha aceptado todo el Mundo es que los mercados se regulan solos y no precisan nada más que la provisión de los bienes públicos de libertad, justicia, seguridad. Ha resultado falsa y no necesariamente porque precisen más iniciativa o intervención de los gobiernos, lo que es por otras razones probable, sino fundamentalmente porque la iniciativa privada ha creado y negociado muchos más activos financieros "fuera" que "dentro" de los mercados, por lo que los mercados no los han podido asignar ni mal ni bien. Se han asignado mal porque entre otras razones lo han hecho realmente en "lugares de encuentro" fuera de los mercados reglados, a espaldas de los mismos.

Esa es la clave de la reforma a realizar. Si estamos dispuestos a aceptar, debido a la experiencia rusa, china y ahora norteamericana, que la iniciativa privada es mejor que la pública, pero que esta es también caótica sino se produce dentro de mercados regulados, supervisados y garantizados en última instancia no por los bancos centrales sino por los gobiernos, la conclusión es evidente: Los estados deben proveer todos los bienes públicos para que se constituyan mercados regulados eficientes, es decir, con registros de las operadores y transacciones y cámaras de compensación, y prohibir todas las transacciones que tengan lugar fuera de ellos.

Hoy en día, una vez reducida la inflación a los niveles más bajos últimamente conocidos y los tipos de interés a valores casi cero en dólares, y negativos en términos reales, que se calcula van a durar al menos dos años o tres años; es decir, agotada la política monetaria en dólares, no así aún en euros, que ha sido imprescindible realizar para reducir y sanear la terrorífica expansión financiera que se ha llevado a

cabo en la época de Greenspan, es necesario como siempre para remontar la crisis una fortísima política fiscal.

El programa de Obama, un esquema keynesiano de relanzamiento de la demanda interna puesto al día, en el sentido de que trata de aplicar la terapéutica de Roosevelt a las nuevas necesidades de la clase media y con las nuevas tecnologías norteamericanas, cumple de largo éste propósito. Es el mayor en términos absolutos y relativos de los conocidos. De 789 millardos de dólares, alrededor del 6% del PIB norteamericano y el 25% de su Presupuesto. Los de China son proporcionalmente equivalentes.

De manera que el crecimiento chino y la recuperación norteamericana parecen aseguradas en un plazo relativamente corto. No así la europea, que tiene aún que reducir por lo menos un punto y medio el tipo de interés, sanear los bancos europeos que probablemente ocultan aún muchos de los 500 o 1000 millardos de derivados financieros de muy bajo valor y relanzar una política fiscal homogénea y de mucho mayor volumen que lo que permite el Tratado de Maastricht incluso en una interpretación laxa, excepcional a corto plazo, del mismo. Menos de la mitad que el que va a practicar el norteamericano. En caso contrario, su recuperación sólo tendrá lugar posteriormente a la norteamericana, fundamentalmente por vía de la demanda exterior, es decir, de sus exportaciones.

Ahora bien, las soluciones reales a la crisis requieren mayor creatividad que las financieras porque sus causas son menos especulativas, más reales pero más diversas. Precisan por ello de muchas innovaciones, científicas, tecnológicas, institucionales, organizativas, etc., que en este momento son imposibles de precisar, aunque existen muchas hipótesis serias al respecto. Y más tiempo

Pero si es posible concebir que, cualquiera que sea el origen de las innovaciones que tengan éxito en el futuro, su impacto final sobre la productividad y el crecimiento mundial dependerá de la velocidad y amplitud de los flujos comerciales que las han de difundir y obligar a aceptar por la mayoría de los países adecuados.

Por ello, en gran medida, la recesión actual es consecuencia última de la inadecuada especialización productiva de los principales actores del comercio internacional que, contra toda lógica, pretenden producir toda la gama de bienes y servicios, como era la práctica en un mundo desintegrado. Mediante todo tipo de prácticas directa e indirectas de

tipo proteccionista. Y orientadas además con prioridades cuantitativas obsoletas. Muchas de ellas, por ejemplo, aún asumen que las producciones secundarias, las manufacturas, deben ser prioritarias respecto de los servicios terciarios y cuaternarios.

Ello ha dado y da lugar a todo tipo de conflictos comerciales. De desajustes entre las demandas y ofertas globales, como las experimentadas últimamente, que han generado por una parte la inflación desatada por la demanda de energía, de otras materias primas y alimentos, y por otra han impedido proseguir con la expansión del comercio proyectada en Doha.

Y eso si se puede corregir fácilmente. Para minimizarlos es imprescindible que todos ellos reconozcan que aparte de las especializaciones que producen las diferentes dotaciones de sus recursos naturales, los países deben producir las gamas cualitativas de todos los productos, primarios, secundarios, terciarios y cuaternarios que más demanden sus propias poblaciones, y que puedan producir mejor en función de su grado de desarrollo en capital humano. Los más desarrollados producirán los segmentos más creativos e innovativos, menos estandarizados, más diferenciados y exclusivos de todas las actividades y los menos desarrollados, los procesos más comunes, estandarizados y masivos. Tanto agrícolas, mineros, manufactureros, de servicios comunes o avanzados.

Ese es el criterio que debe presidir la reforma inevitable de todas las industrias empezando por la del automóvil. Los modelos de nuevas tecnologías y mayor calidad se producirán como todas las tecnologías en los países más avanzados y los de menor tamaño, peor calidad y que utilicen tecnologías más antiguas, en los menos desarrollados, de mano de obra, calificada y no calificada, más baratos. Este ajuste se producirá con mayor o menor coste y violencia según cuál sea la reacción de los sindicatos afectados.

Pues bien, las características de localización y desplazamiento antes apuntadas, comunes a todos los bienes y servicios, son especialmente relevantes en la producción y comercio de los bienes energéticos y alimenticios, que son las causas microeconómicas reales más profundas, difíciles y largas de resolver en la presente crisis y las que perduraran cuando se resuelva la financiera y volverán a amenazar la globalización. Vamos a tratar de resumirlos a continuación.

De acuerdo con la mayor parte de los estudios realizados, en las próximas décadas, la demanda de energía crecerá al -1% anual en los países más desarrollados y al 2% en los menos desarrollados, es decir, en torno al 1% mundial. Pero las materias energéticas que consumirán serán más diferentes. Debido a su diferente sensibilidad acerca de la calidad medioambiental que generan y a su menor coste, los países menos desarrollados consumirán las energías más baratas y sucias, i.e., carbón, madera, petróleo y gas. Los desarrollados, las energías más limpias y caras: energía nuclear y sobre todo energías renovables – en especial, solar (termal y fotovoltaica), eólica y marina, de olas y mareas, – amén de la biogenética.

Por ello, como consecuencia de la multiplicidad de materias energéticas, de la creciente eficiencia en su uso, y de la sustitución creciente en todos los países de las producciones primarias y secundarias por terciarias y cuaternarias, que requieren menos energía por unidad de PIB, el problema energético tenderá a resolverse al coste probable de empeorar gravemente el medio ambiente. Salvo que se consiga previamente un acuerdo mundial para evitarlo.

Tras las claras posiciones al respecto de los países avanzados, con las diferencias existentes entre norteamericanos y europeos, que ahora quiere corregir Obama, y los emergentes, este acuerdo sólo será posible y eficiente si los países emergentes se comprometen firmemente a secuestrar y enterrar el CO₂ que produzcan en sus fábricas y, lo que es más difícil, que los desarrollados recuperen y entierren simétricamente el CO₂ que se almacena en la atmosfera, que es el que han producido los países desarrollados en el pasado, desde la Revolución Industrial.

Puesto que existen tecnologías que prometen conseguir ambos resultados, es absolutamente lógico que los países emergentes requieran para no polucionar un esfuerzo simétrico de los que ya han polucionado y son responsables del alto deterioro medioambiental de partida. No es improbable que más pronto o más tarde tenga lugar porque el mayor poluyente futuro, China, tiene un fuerte poder de negociación con el mayor poluyente pasado, EEUU.

Por otra parte, la demanda de alimentos crecerá a un ritmo mucho más elevado que el de la energía. En las próximas cuatro décadas la población mundial crecerá un 70% y la clase media mundial en torno al 140%. Como esta consume aproximadamente doble cantidad que la media de la población y de una calidad mayor, esta evolución

producirá un aumento de la dieta mundial en granos y proteínas del orden del 150%.

Será una demanda muy difícil de satisfacer, porque la producción de alimentos requiere dos factores, agua dulce y tierra cultivable, en clara regresión y difíciles de incrementar, debido a la sequía creciente que tiende a producir la acumulación de CO₂ en la atmósfera, que reduce la pluviometría y a la urbanización galopante que consume las tierras más productivas, porque es dentro de las que han surgido y se desarrollan las ciudades.

Debido a la fuerte demanda de energía y especialmente de alimentos, que están interrelacionadas y es mayor que a la hasta ahora indicada, porque una parte significativa de estos han de servir para producir etanol y biodiesel para solventar parte de la crisis energética, y dada la escasa posibilidad de aumentar su oferta, cabe esperar un fuerte incremento de los precios energéticos y especialmente de los alimenticios. Lo que originará un incremento de la violencia ya existente en las zonas petrolíferas y de gas, aunque no tanto, frente a lo que cree Ban Ki Mon, entre los países ribereños de ríos y lagos, pues, porque hasta ahora la experiencia demuestra que ante la enorme importancia del recurso, estos países tienden a mantener acuerdos de utilización conjunta de los mismos incluso en periodos bélicos.

Sin embargo, el peligro que pueda originar la falta de agua, aunque más pacífico es sin embargo mayor que el que puede originar la carencia de fuentes energéticas. Ya que la hambruna que puede causar en América Latina, Asia y, fundamentalmente, en África, que está creciendo mucho en términos de población y renta, puede originar migraciones masivas. Que, a su vez, inciten a la creación de populismos nacionalistas proteccionistas en los países receptores, que dificulten aunque no aborten, como ya han hecho en el pasado la globalización, porque esta vez por las razones ya dichas el proteccionismo no podrá ser norteamericano, que es el único determinante.

Lo que será lamentable desde casi todos los puntos de vista, económico, social y político. La globalización que estamos experimentando en los treinta últimos años es una de las más beneficiosas de las conocidas y puede ser la mayor si la transición de su liderazgo, de EEUU a China, tiene lugar, como está previsto, sin conflictos, gracias a la sabiduría china que está financiado un ocaso norteamericano confortable.

En virtud de ella el crecimiento del PIB mundial ha pasado del ser, del orden del 3% anual que era habitual en el pasado y hoy se considera un indicador de recesión - aunque implica un incremento de la renta por habitante mundial que se dobla en menos de veinticinco años -, al 5%, cifra que es compatible con un crecimiento del orden del 7% en Asia, 5% en África y América Latina y 3% en los países de la OCDE.

Su efecto positivo es mayor si se tienen en cuenta su repercusión social, redistributiva. En su virtud, en el mundo ha desaparecido un billón de pobres y la clase media ha aumentado casi en medio billón, hasta suponer dos. En 1970, la población más necesitada del mundo, tres billones de personas, poseían el 30% de la renta mundial y la más favorecida, escasamente medio billón, el 70%. Si se mantiene, en el año 2010, los cinco billones de personas más necesitadas poseerán el 50% de la renta mundial, los más favorecidos, el otro 50%. En breve, el índice relativo de acceso a la producción mundial de los más ricos respecto de los más pobres ha descendido de 15 a 1 a 5 a 1.

Las consecuencias de que se quiebre el actual proceso de globalización no serían simplemente la pérdida de esos beneficios. La ruptura de la última globalización de finales del siglo XIX a principios del XX produjo las últimas dos guerras mundiales y el intermedio de la Gran Depresión.

Por ello hay que evitar que se produzcan las migraciones socialmente desequilibrantes que pusieron fin a la última conocida de finales del siglo XIX y principios del XX. En ella también jugaron un papel esencial la variación brusca de los precios de los alimentos durante varias décadas.

En la anterior globalización las migraciones fueron aproximadamente de 100 millones de personas sobre el Atlántico y otros cien a lo largo del Pacífico. Las cifras equivalentes en la actual podrían ser dobles. ¿Cuál será la reacción populista si algo aproximado acontece? ¿Qué puede pasar si, como consecuencia, la población emigrada actual, que es de 200 millones de personas, se incrementa en 200 más y llega a representar cerca del 20% de la población en los países más desarrollados?

Para evitarlo es imprescindible incrementar la producción agrícola sin que lo hagan sus precios en la medida que se anticipa. ¿Cómo? En principio con una mezcla armónica de las dos políticas agrícolas que ahora se enfrentan. Con una mezcla de la política agraria "industrial", que recomienda EEUU y con la "cultural" por la que aboga la UE.

Para tratar de entenderlo de la forma más simple posible hay que partir del análisis clásico de la relación entre la población y la alimentación, puesto al día, en su relación con las limitaciones ya conocidas de la limitación de los recursos esenciales de la agricultura – tierra y agua - y de la disminución adicional de los mismos que puede originar el cambio climático

El pesimismo de Lester Brown tiene su antecedente más importante en Thomas Malthus, cuyo clásico análisis, resultó válido hasta que América incrementó la producción de alimentos exponencialmente más que el de la población mundial.

Burlaug, por el contrario, representa hoy el optimismo de Boserup, quién desde un enfoque evolutivo más amplio fue quién primero contradujo fundamentalmente a Malthus. Afirmando que los conflictos por la supervivencia generan innovaciones colectivas que permiten remontar los obstáculos al crecimiento de la población a niveles superiores de bienestar para todo el mundo.

Ahora bien, la mayor parte de las innovaciones tienen orígenes imprevisibles y se difunden por el mundo con pautas distintas, lentas y rápidas, según que su difusión y adopción sea fruto de un comercio intenso y extenso, i.e., de una globalización, - como fue el caso de la difusión de nuevos cultivos entre América y Eurasia - o resultado de una adopción forzada para evitar una derrota en situaciones de conflictos y guerras – como ha sido la adopción sucesiva de las técnicas líticas, del cobre, bronce, hierro, etc. a lo largo de la Historia

Pues bien, las innovaciones agrícolas que hoy necesitamos han de ser muy rápidas porque las globalizaciones son de corto recorrido. Las más conocidas de la Edad Moderna, no duran más de tres generaciones. De manera que para evitar la hambruna que nos amenaza y sus consecuencias es necesario revolucionar la agricultura y facilitar su adopción en pocas décadas.

Los optimistas confían en repetir la Revolución Verde que tanto éxito tuvo hace varias décadas, especialmente en la India. Gracias a la irrigación, fuerte abonado con nitrógeno artificial y nuevos híbridos, y gran ayuda internacional con el fin de izar que el aumento del nivel de vida impidiera la extensión del comunismo entre los países no alineados, la producción de granos aumentó el 50% y los precios disminuyeron otro 50%. Fue una recreación planificada de la expansión libre de la norteamericana del XIX.

Brown y los pesimistas actuales creen que es imposible repetir la operación de la Revolución Verde, es decir, aumentar la superficie cultivada total en un 20% y los rendimientos anuales en un 1.5%. Por varias razones. En primer lugar, estiman que la demanda de grano y agua, porque ambas están estrechamente relacionadas, en efecto cada tonelada de grano requiere 1000 toneladas de agua, va a aumentar mucho más que en el pasado. La razón es que una gran parte del aumento de la población (50%) no será de ingresos bajos sino de clase media, que alcanzara un total de 2 millardos de personas, cuando apenas llegaba al medio millardo en 1970. El nivel de renta media se incrementará también alrededor del 70% y, en consecuencia, la dieta en términos de grano por persona un 130%, ya que la clase media consumirá en lugar de grano, aves, cerdos, corderos, y vacuno que requieren 2.5, 3.5 y 7.0 kilos de grano por kilo de carne, respectivamente.

En total, la necesidad del aumento de grano equivalente será más del doble que en el pasado, del orden del 250%. Lo que exigirá un incremento doble o triple de nuevas tierras y agua que sólo se pueden conseguir con sistemas de riego y cultivo muy intensivos de capital físico y humano. Y a un coste aproximado del orden de 20 millardos de dólares, que nadie va a sufragar hoy porque no hay ninguna amenaza política suficientemente grande que anular. Adicionalmente, aducen que a estos costes hay que añadir un coste muy superior de los costes variables, especialmente para los fertilizantes y fitosanitarios, así como para el fuel, que, debido al aumento de precio del petróleo, será de 10 a 20 veces mayor que antes.

Finalmente, añaden, que los costes reales externos que puede producir ese proyecto serán mucho mayores aún, ya que el NO₂ que habría que utilizar es mucho más poluyente que el CO₂ que se intenta evitar y que los organofosfatos que proponen utilizar son literalmente veneno – que los alemanes estuvieron a punto de utilizar como armas tóxicas durante la primera guerra mundial.

En cualquier caso, tanto los optimistas como los pesimistas no tienen en cuenta el problema específico de la falta de agua y de su probable disminución con el empeoramiento del cambio climático. Tema que trataremos en la conferencia siguiente sobre la crisis en Europa y España, porque es mucho más sensible en este entorno